

CAOS EN LA CIUDAD

Lia Sunlight



Capítulo 1

CAOS EN LA CIUDAD

Entreabro los ojos. Me había quedado dormida en el sofá. Me levanto exaltada, con el estruendo sonido de sirenas. Me dirijo hacia el balcón, ansiosa. Allí, puedo ver un sinfín de ambulancias a lo largo de toda la calle. Intento enfocar la mirada, pero no encuentro nada que le dé sentido. Enciendo la televisión. Todas las cadenas, emiten las mismas imágenes desoladoras; gente lamentándose y circulando de manera acelerada. Subo el volumen y pongo atención, para escuchar a una de las reporteras:

- Aún es pronto para hablar de culpables, pero según el comunicado de la OMS, podríamos estar ante una nueva pandemia. Los expertos hablan de un virus nunca visto, donde los síntomas van desde la tos, la disnea, la cefalea, hasta la muerte. Las autoridades gubernamentales, llaman a la calma y ruegan a todo el mundo que se confine en sus casas -.

De repente, la televisión se apaga. Cojo mi móvil, intento llamar a Fran, mi novio. Justo hoy, viajaba a Holanda, por cuatro días, para trabajar en un congreso. Mi móvil no tiene señal, internet tampoco funciona y la luz se ha ido en todo el apartamento. Empiezo a entrar en pánico.

Sin apenas tiempo para pensar, agarro mis llaves y mi móvil y salgo de mi casa, apresuradamente. Voy aporreando las puertas, en busca de algún vecino, pero nadie contesta. Una vez consigo llegar al portal, algo me bloquea. Me quedo estática, con las manos en el pomo de la puerta y con la mirada clavada, en el caos que se puede observar, a través del cristal. Cuando, de repente oigo un grito:

- ¡¡Nooooo!! -. Era Juan, el vecino del primero A. Juan, era un hombre de unos setenta años, algo estrambótico. Decía haber trabajado para el CNI, aunque todos dudaban de ello. En el vecindario, le llamaban *El Marciano*, porque siempre contaba historias conspiradoras, sobre ovnis o secretos del Gobierno. La mayoría de los vecinos siempre le evitaban. Sin embargo, a mí, me resultaba divertido.

- ¡¡¡No abras la puerta!!! -. Grita alarmado. Me vuelco hacia él, pero no consigo articular palabra. Juan, rápidamente, me coge de la mano y me guía hacia dónde él cree, que estaremos seguros. Yo me dejo guiar, con mi mirada fija en su vestimenta, una especie de traje espacial. Abre la puerta de su casa, cruzamos un estrecho pasillo, y acabamos llegando al salón. Para mi sorpresa, aparta hacia un lado la alfombra y tira ligeramente de una trampilla secreta. Bajamos por una pequeña y oscura

escalera, hasta que acabamos dando, a una especie de bunker.

Una vez allí, la primera estancia es de apenas cuatro metros cuadrados. Está repleta de duchas y armarios de cristal. No puedo evitar taparme la nariz ante el fuerte olor a alcohol y lejía. Juan, hace una especie de ritual de desinfección de su traje, para luego colgarlo en el armario de cristal, y por último, pasa por una especie de tubos de rayos uva.

- *Debemos desinfectar todo, para que aquí, podamos estar seguros* -. Habla con un tono pausado, intentando tranquilizarme. Sigo sus pasos y accedemos al resto del bunker. Mientras me enseña, lo que será mi nuevo hogar, yo observo esos habitáculos, sin perder detalle. A la derecha, una cocina totalmente equipada, a la izquierda, una especie de sala llena de libros y noticias y al fondo varias habitaciones y baños.

Juan, me acomoda hasta una de las habitaciones, me ofrece una bolsa con ropa limpia, un poco de agua, fruta y una caja de pastillas para dormir. Dejo mi ropa en la bolsa, bebo un poco de agua y tomo una pastilla para poder calmarme y desconectar, un momento.

El rico olor a tostadas, mantequilla y café recién hecho me despierta de mi letargo sueño. Ya era la hora de desayunar. Había estado durmiendo más de doce horas. Me abordaba un sentimiento de culpabilidad por sentirme físicamente, tan bien. Era mi primer descanso en semanas. Antes de levantarme, mi cabeza no para de pensar una y otra vez, en cómo había vivido estas semanas pasadas en el trabajo. Días corriendo del trabajo a casa y de casa al trabajo, una mezcla de horas extras y estrés que sobrepasaba lo legal, con apenas cuatro horas de sueño al día y para colmo, riñas de los superiores diarias. Pero algo más me viene a la mente. ¡Me había olvidado de llamar a mis padres en una semana!! No había contestado a ningún grupo de whatsapp. Tampoco me había acordado del cumpleaños de Andrea, mi mejor amiga. Y para colmo, había estado pagando mi frustración con Fran, cada día. Un fuerte sentimiento de culpabilidad y tristeza, ahondan en mi ser. Las lágrimas caen por mi rostro, como una lluvia sin cesar. Y mi voz interior no paraba de repetirme ¿y si ahora era el fin?

Me acerco hacia la cocina y enseguida Juan me pregunta por mi estado, preocupado por el bloqueo de ayer y mi cara llorosa. Asiento con la cabeza, a la vez que con mis ojos veo a Alexia y Alberto, mis vecinos del sexto B; Diana vecina del segundo C; Paco vecino del cuarto A y la familia García del tercero B.

Aunque ellos nunca habían sido las personas que hubiera elegido ante un confinamiento, me alegraba de ver caras conocidas. Alexia y Alberto eran una pareja joven con dos niños pequeños. Siempre me había llevado muy bien con ella. Es de esas personas dulces y sonrientes, que te transmiten muy buena energía. Esas personas en las que deberías invertir tiempo en

conocer. Pero, a veces, el mundo va tan rápido, que apenas dejas tiempo para el surgimiento de nuevas amistades, si ni siquiera cuidas las que ya tienes.

Diana, había venido a la ciudad para estudiar la carrera de periodismo. Despertaba el odio de los vecinos en aquellas noches de sábados, donde su música retumbaba en todo el edificio. Solo le sacaba cinco años, y quizás por eso, siempre me invitaba a sus fiestas matutinas, aunque nunca acudí a ninguna.

Paco era un abogado prestigioso, siempre vestía de traje, con gomina en el pelo y un fuerte olor a Armani. Las malas lenguas decían, que Diana un día se le abalanzó, en una vuelta a casa tras una larga noche de fiesta y que éste la apartó con mal genio y desprecio.

La familia García era una familia un poco chapada a la antigua. El hombre se pasaba fuera de casa un montón de horas trabajando y ella cuidaba de la casa y de los retoños, ahora ya adolescentes, de 15 y 17 años. Decían que él, no la dejaba trabajar fuera de casa aunque no fuesen bien económicamente.

Yo siempre he sido un poco anticotilleos, pero en aquel momento me parecía gracioso que estuviéramos allí juntos todos nosotros, en lo que podría parecerse una mezcla entre Gran Hermano y La que se avecina.

Ante mi alegría por ver a Alexia, me lanzo a darle un abrazo, como si de mi mejor amiga se tratase. Paso la mañana cocinando con ella, y hablando de la vida. Me reconforta ese momento. Mientras el resto, reunidos en la sala sentados en pufs, siguen escuchando las historias sobre ovnis de Juan en los años 90. Las dos lanzamos una pequeña carcajada ante la situación tan surrealista que está contando, pero Alexia dice:

Le estoy tan agradecida a Juan, ayer no sabíamos qué hacer ni a dónde ir. Aquí hay comida como para 10 personas durante un año -.

Tras la comida, intento indagar en por qué Juan se había construido un bunker así. Le pregunto, esperando alguna de sus múltiples historias paranormales. Él, se sienta, entusiasmado, y me va mostrando un montón de estudios sobre las pandemias y su reproducción cada ciertos años. Él sabía que algo así iba a destruir la vida tal como la conocemos al ser una sociedad tan globalizada y consumista.

Me quedo con los recortes de periódicos y los libros y junto con Alexia, vamos analizando datos y leyendo críticas hacia el gobierno de diferentes autores. Indignada y a la vez sin sacarme a mis seres queridos de mi cabeza, dan las diez de la noche y estoy estupefacta de toda la información recibida. Mis ojos me pesan. Suficiente por hoy. Voy hacia mi

habitación para intentar dormir.

De repente, me despierto exaltada de nuevo, alguien toca mi brazo suavemente. Abro los ojos y era mi novio, Fran. Pero eso no es todo, miro hacia alrededor asustada. No estoy en el bunker de Juan, me encuentro en mi sofá con la televisión encendida.

- ¿Qué te pasa? Acabo de llegar, se ha suspendido el congreso por un virus que está afectando a todos los países, no se puede viajar y seguramente hoy o mañana declaren el estado de alarma en el país. Ah! Y me ha llamado tu madre, que vayamos a su casa que es muy grande y podemos estar todos juntos y tranquilos -. Me dice mientras me mira extrañado.

No me lo podía creer, todo había sido un mal sueño. Y yo, sin más, me apresuro hacia él para fundirme en un fuerte abrazo que le deja sin respiración y emito un suspiro de tranquilidad.

Empieza la cuarentena.

FIN